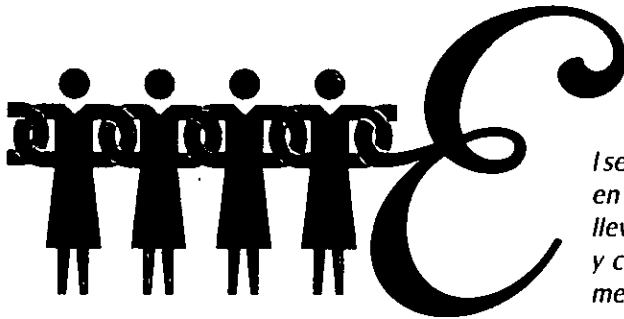


▲ GLORIA INÉS CEBALLOS H.¹

Comunicación para la pastoral: una experiencia de género



El sentido de este artículo se desprende de mi experiencia en el Curso de Comunicación para la Pastoral, el cual me llevó a reflexionar sobre mi trabajo como comunicadora y como maestra desde una perspectiva femenina. Ello me permitió desarrollar la creatividad y la comunicación organizacional en favor de la formación.

► COMUNICACIÓN PARA LA PASTORAL: UN POCO DE HISTORIA

Como consecuencia de un convenio entre la Universidad Javeriana y el Departamento de Comunicación Social del Consejo Episcopal Latinoamericano (DECOS - CELAM), se realizó durante 10 años (1989 - 1998), entre agosto y noviembre en la Facultad de Comunicación y Lenguaje, un curso de comunicación dirigido a los agentes pastorales de América Latina; su objetivo: formarlos en comunicación. A su vez, este mismo curso se desarrolló simultáneamente en la Universidad Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP) de México, en la Universidad Católica de Santiago de Chile y en la Universidad Do Vale Do Rio Dos Sinos (UNISINOS) de Brasil.

En 1992, entre dudas y expectativas, asumí el reto de coordinar año tras año este encuentro pluricultural

¹ Profesora Asociada. Departamento de Comunicación, Facultad de Comunicación y Lenguaje. Pontificia Universidad Javeriana. gceballo@javeriana.edu.co

en el que se cumplió la misión de *aportar al conocimiento aspectos sobre comunicación*, y colocarlo al servicio de la pastoral. El profesionalismo, la ética y el sentido de trabajar por la comunicación, me ofrecieron las oportunidades para desarrollar una fuerte proyección académica y espiritual, la que enriqueció a los agentes de pastoral que llegaron a la capital colombiana abiertos al aprendizaje, a los profesores que participaron en los cursos y a

quienes, conmigo, también lo dirigieron.

Muchos de los Jerarcas de la Iglesia han comenzado a cuestionarse sobre la importancia de la comunicación en la transmisión del Mensaje de Cristo, la organización eclesial y sus flujos de comunicaciones, además de la urgente necesidad de formar críticamente una sociedad frente a los medios y a los mensajes.

Con el desarrollo de este programa, la Iglesia Católica de América Latina se enriqueció en dos aspectos fundamentales; primero, cuenta en la actualidad con agentes formados profesionalmente en el campo de la comunicación para el desarrollo de estrategias adecuadas a su propia cultura; y segundo, muchos de los Jerarcas de la Iglesia han comenzado a cuestionarse sobre la importancia de la comunicación en la transmisión del Mensaje de Cristo,

la organización eclesial y sus flujos de comunicaciones, además de la urgente necesidad de formar críticamente una sociedad frente a los medios y a los mensajes.

Las experiencias vividas por las diversas universidades que asumimos este reto, permitieron definir parámetros claros que determinaron un plan de estudios, los que, a su vez, lograron el objetivo de formar profesionalmente agentes de pastoral, que de forma comprometida, trabajan continuamente en toda América Latina convencidos de su misión.

Cada año representó una nueva oportunidad para enfocar las asignaturas de tal manera que aportaran los conocimientos necesarios y, así, enriquecieran el trabajo de los becarios en sus respectivas diócesis. Programas con alto porcentaje de teoría fueron reemplazados por una mezcla de enseñanza compartida, creativa y participativa; con mayor realización personal y grupal, es decir mayor proceso. La teoría se combinaba con la puesta en acción, y la interacción abrió la mirada hacia las realidades de cada estudiante y de cada país, quienes

contaban con los elementos necesarios para un amplio desempeño no sólo en la compleja misión pastoral, sino en la misma complejidad de la vida.

A partir del conocimiento académico, los becarios abrieron su espíritu y su mente a grandes cuestionamientos que progresivamente fueron profundizados gracias al aislamiento de su cotidianidad. Estas experiencias, que en algunos casos llegaron a originar benéficas crisis, redundó en un compromiso de vida. Por otro lado, el compromiso espiritual trascendió los acontecimientos puntuales y adquirió las dimensiones de vida íntegra. Podríamos decir que aquél día de despedida, el becario llevaba en su maletín de vida el mejor equipaje: no ser un transmisor de mensajes, sino un testimonio de éstos.

Las cosas aprendidas, los momentos vividos, los conflictos, las lejanías y los insomnios quedaban en un pasado recóndito de la memoria, cuando casi simultáneamente con el adiós se presentaban los resultados de los talleres. Era entonces cuando ese universo que seis meses atrás parecía lejano, se abría a los ojos, el alma y la mente de cada becario. Era el momento en que las vivencias asumidas, las lecciones de tolerancia, la profunda academia, las lecturas cuidadosamente señaladas y los contenidos aprehendidos comenzaban a evidenciar su huella y marcaban, además, el esperado momento en que los becarios asumían su misión de comunicar la Buena Nueva.

El crecimiento humano era el ítem no explícito en el programa del Curso de Comunicación para la Pastoral; sin embargo, el intangible trabajo personal que se desarrolló en esta área fue arduo. Al llegar, todo era novedad, ánimo y expectativa. Tenían tanto por conocer y compartir que la universidad y la misma ciudad parecían quedarles pequeñas. Sin embargo, cuando comenzaban las exigencias académicas y pasaba un tiempo, el aprendizaje ya no era sólo de teorías de comunicación sino de convivencia, y aunque el programa no las mencionaba, los estudiantes ponían en práctica valores como la tolerancia, humildad, respeto, sinceridad, amistad, entrega... pero como en todo aprendizaje humano, no tardaron en aparecer las crisis que finalmente les proporcionaban un amplio desarrollo interior. Llegado este punto, comenzaban las nostalgias por lo que dejaron y aparecían los momentos de tristeza en que recordaban hasta los detalles más sencillos de sus lugares de origen, detalles a los que seguramente antes no les habían otorgado ninguna importancia. El aprendizaje humano había dado fruto.

Como Directora del Curso de Comunicación para la Pastoral, mi experiencia fue más allá de la elabo-

ración de un plan de estudios; de los contactos diarios con profesores y becarios; de la organización de carpetas de trabajo, y de armar y desarmar el rompecabezas del horario. Más que un Curso de Comunicación para la Pastoral, éste se convirtió en un momento, una oportunidad, un espacio en el que todos reflexionamos sobre nuestra forma de relacionarnos con el mundo, cumpliendo así, la misión de comunicadores cristianos. Esta experiencia me hizo revisar las teorías de comunicación – desde lo que se ha estudiado como “teórico”, hasta las propias prácticas sociales. Me llevó a ser consciente del papel que tengo como mujer en la transmisión y transformación de los conceptos, creencias, sentimientos, acciones, pensamientos, ritos..... etc. de la fe y la doctrina católica.

La oportunidad de preparar clase y aprender enseñando con cada grupo, amplió mi visión acerca del concepto que tenía del Mensaje de Cristo. En los Cursos se debatió, sin lugar a discusiones, la comunicación de este Mensaje, con el objeto de hacerlo vivo frente a la realidad que experimentan nuestros países, acompañado de un sentido de justicia, de equidad y respeto de género, en la búsqueda por encontrar un camino a través del cual podamos transitar aprendiendo, viviendo, compartiendo.

La preparación del marco teórico del curso y las discusiones académicas con los profesores de los diferentes módulos, generaban un primer momento de reflexión que marcaba los parámetros, que se veían enriquecidos con el desarrollo mismo, con la confrontación y el diálogo abierto en las clases. Cada estudiante desde sus vivencias individuales y sociales, y con su propia mirada desde los conocimientos, formó una amalgama que sirvió de base para revisar el papel de los agentes pastorales en América Latina.

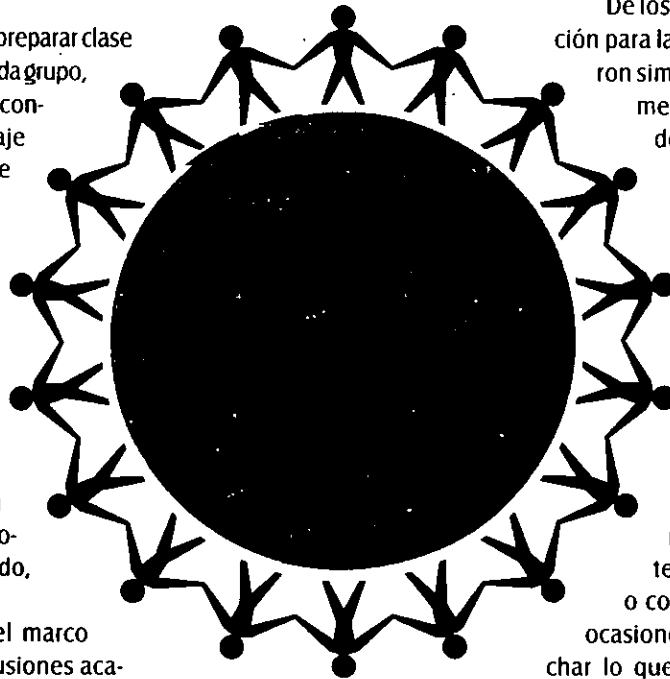
El estudio de temas como la publicidad y Cristo como mensaje; la Iglesia y la comunicación organizacional; la comunicación alternativa; la inculturación del Evangelio en nuestro contexto latinoamericano; las megatendencias y el papel de la religión en el desarrollo social; la ética a través de los medios masivos y no masivos; el uso de

nuevas tecnologías como el internet para la difusión de los mensajes; y, el mismo estudio de los documentos de la Iglesia en lo referente a la comunicación, hicieron de estos 10 años un abanico de posibilidades de reflexión para todos y cada uno de los participantes, profesores y estudiantes. Los temas eran proyectos para desarrollar en la diócesis de cada uno, y en las asignaturas de impresos, radio y televisión.

Este punto de partida y la experiencia con cada curso, me dio la oportunidad de convivir con hombres y mujeres de países de habla hispana y portuguesa: México, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, Haití, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Chile y Argentina.

De los cuatro cursos de Comunicación para la pastoral, que se desarrollaron simultáneamente en algún momento, tres fueron coordinados por mujeres, el de Chile, México y Colombia. La responsabilidad de sacar adelante los programas recayó de inmediato sobre nosotras, pero en particular fuimos las responsables del acompañamiento extra-curricular, es decir siempre disponibles para conversar sobre las inquietudes o rechazos que generaba en cada uno, los planteamientos de los profesores o compañeros en las clases; en ocasiones sólo se trataba de escuchar lo que el corazón habla cuando llega a él un cúmulo de sensaciones y necesitamos sacarlas para hacerlo consciente. Ya que es allí, donde creo que se encuentra realmente el papel importante de escuchar, de compartir, de discutir, de permitir verse al interior, de transmitir, de ser trascendente, de comunicar.

En muchos de esos momentos, el ser mujer, el ser mamá, el ser maestra, me facilitó la tarea y, a su vez, permitió a los estudiantes del curso la dimensión de cercanía, de calidez, de confianza, generando lazos que continúan a pesar del tiempo y la distancia; relaciones que permiten el afecto y a la vez la oportunidad para seguir estudiando, buscando, aprendiendo, nuevas formas de inculturar y transmitir el Evangelio. Cabe destacar también que la participación de las mujeres en los cursos



fue de 88 frente a un total de 216 estudiantes que participaron por parte de la Javeriana¹. Ello significa que ahora hay más mujeres formadas en el tema, que seguramente participan activamente en la vida laboral y que serán a la vez transmisoras del Mensaje de Cristo en sus familias.

En la actualidad, el programa no se desarrolla en las universidades, pues el DECOS - CELAM asumió la formación directamente, pero debido a los resultados del curso, entre ellos proporcionar una experiencia académica que puede ser recogida y mejorada, la Universidad Javeriana elabora una propuesta para continuar con la formación en Comunicación para la evangelización inculturada; se piensa entonces en la posibilidad de acoger a más personas simultáneamente aprovechando el rápido desarrollo de las tecnologías de comunicación y tendencias pedagógicas, muy apropiadas para la educación.

► PARA UNA COMPRESIÓN DEL TEMA: EL PROTAGONISMO FEMENINO EN LA COMUNICACIÓN PARA LA PASTORAL

Podemos decir que la mujeres, en su esencia, más intuitiva que lógica y eso hace que la mirada de las mujeres hacia la espiritualidad sea un filtro por el cual miramos y asumimos el mundo con nuevas posibilidades que antes estaban restringidas y que nos proporcionan salidas, aportes y caminos para compartir con todos los seres humanos.

La división del trabajo entre los hombres, que inventan y producen equipos de guerra para destruir la vida; y las mujeres, que agrupan sus energías en la producción y el sustento de la vida de esos mismos hombres, ha dado como resultado que no podamos contar con una ética suficientemente articulada y enseñada en el ámbito académico como para convencer a la juventud, de todo el mundo, que la destrucción de la vida humana como medio para resolver los problemas económicos y las desigualdades sociales constituye una violación de nuestra humanidad y una contradicción con nuestra fe cristiana², eso incluye la forma como se asume la comunicación del Evangelio.

Actualmente la historia se centra más en las relaciones que en las jerarquías, un enfoque de carác-



Actualmente la historia se centra más en las relaciones que en las jerarquías, un enfoque de carácter femenino. Es preciso cambiar la forma en la que están organizadas nuestras sociedades, me refiero específicamente a la Latinoamericana, donde la vida se lleva a cabo a través de las diferencias marcadas entre razas, credos, grupos étnicos, ricos y pobres, hombres y mujeres. Se trata de un cambio en la organización del poder, donde podamos ganar todos y no sólo ganar por encima del otro.

concibamos las posibilidades, potencialidades e implicaciones de las relaciones, en palabras del futurólogo John McHale: "Nuestros esquemas mentales son sus programas básicos de acción"³.

La simbolización cultural construida a partir de la diferencia sexual, se manifiesta en la vida social, política y económica. Entender cómo se actúa nos ayuda a entender las normas de la sociedad. Ser hombre o mujer es un filtro a través del cual miramos e interpretamos el mundo, a través del cual caminamos y vemos la vida, a través del cual llevamos a cabo nuestras acciones cotidianas, nuestros deseos e interpretaciones y a través del cual se

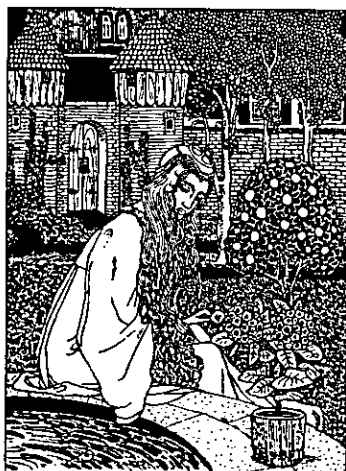
ter femenino. Es preciso cambiar la forma en la que están organizadas nuestras sociedades, me refiero específicamente a la Latinoamericana, donde la vida se lleva a cabo a través de las diferencias marcadas entre razas, credos, grupos étnicos, ricos y pobres, hombres y mujeres. Se trata de un cambio en la organización del poder, donde podamos ganar todos y no sólo ganar por encima del otro.

Los valores humanos y la organización social, más que la economía o la tecnología, se miran hacia el futuro como determinantes en nuestro camino; porque nuestro futuro estará determinado fundamentalmente por la manera en que los seres humanos

¹ Datos suministrados por el DECOS - CELAM

² Neal, M. A. "Patología de una Iglesia de hombres", en *Concilium: Revista Internacional de Teología* Vol. 16 No. 154 (1980), pág. 68

³ Adorno, T.W., Else Frenkel-Brunswick, Daniel Levinson, R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper & Row, 1950.



responde a la posibilidad de administrar y dirigir un curso cuyo tema por regla general han venido manejando hombres; vale decir que todo esto tiene un carácter de apertura en nuestras sociedades. Durante el proceso de dirección del tema se conjugaron elementos que generaron nuevas acciones y retos, miradas amplias

y de apoyo constante tanto para la dirección, como para el desarrollo y el acercamiento con los estudiantes, lo que proporcionó cierta diferencia en los papeles de mando, en las relaciones, en el mismo fluir del proyecto. Situaciones que en algunos (realmente pocos) alumnos del sexo masculino generó conflicto y dificultad en la adaptación a los cambios de funciones.

Conocidos movimientos sociales de los años 80 que hablaban de participación, se pusieron en práctica con la posibilidad de tener una orientación femenina. Se trabajaron la comunicación y la educación al servicio de la pastoral.

Por otro lado, vivimos en un mundo donde la religiosidad y la espiritualidad están inmersas en el impacto de las nuevas tecnologías de comunicación y de información, a través de las cuales se transmiten mensajes que buscan generar impacto en las personas. Lo que ha permitido que se generen innumerables preguntas frente al universo religioso, que tengamos mayor información y que sintamos más cerca el compromiso frente a nuestra fe, en algunos casos generando incluso una responsabilidad mayor.

A esto se puede agregar que algunos obispos y superiores de diversas comunidades en América Latina tienen mayor conciencia del papel de los medios, y en una gran mayoría existe el deseo real por educar a los fieles en la percepción crítica para mirar desde diferentes enfoques la comunicación, la audiencia, la recepción

y los usos de los medios, con el fin de desarrollar un alto nivel de conciencia frente a los valores humanos.

Si analizamos un poco la historia de la humanidad, vemos que era inevitable la atribución de un carácter predominantemente masculino a la divinidad en una sucesión de culturas —la hebrea, la griega, la romana y las inspiradas por esta última— que daban por descontada la superioridad masculina. Las consecuencias de este hecho son importantes, no sólo para las mujeres, porque así se estableció una base inconsciente de ideas que han afectado en su totalidad a la autoconciencia de la Iglesia, así como a los presupuestos tácitos acerca de “su” naturaleza y actividades peculiares.

En el Vaticano II, la Iglesia católica proclamó la necesidad de una constante autorrectificación y autorrenovación, que cobra actualidad en situaciones como la emancipación femenina. Se ha dado un cambio fundamental, ya que la mujer se ha introducido en estructuras eclesiales, cuyo acceso le estaba prohibido hasta hace poco tiempo. En la línea docente es hoy cotidiana la presencia femenina, desde la catequesis más sencilla hasta la enseñanza superior y teológica. La promoción en el mundo secular ha hecho posible que algunas mujeres desempeñen cátedras y presidencias de decanaturas en facultades teológicas.

Pero es este siglo, el momento en que la mujer es responsable de comunicar no sólo de manera interpersonal, sino a través de los medios a su alcance; desde la casa a sus hijos, pasando por la educación a sus alumnos, hasta la elaboración de programas a través de impresos, radio o audiovisuales. El mundo moderno nos da la posibilidad de aprehender el mundo, de expresar nuestras creencias y de participar de igual a igual en todos los campos, y la pastoral no es una excepción.

Como dice María Cristina Mata⁴ “Todo hecho comunicativo —y por ende radiofónico— es un hecho de lenguaje. Vale decir, una práctica de producción de sentidos sujeta a normas, condiciones y hábitos culturales, o sea, no naturales ni inmutables, sino en todos los casos y en cualquier circunstancia, fruto de un cierto desarrollo histórico-social que tampoco es neutro. En él se hace patente la marca del poder en sus diversas expresiones materiales y simbólicas y consecuentemente todas las formas de jerarquización y disciplinamiento social. En ese sentido, ningún hecho comunicativo —como ningún otro fenómeno cultural— puede pensarse productivamente si se deja de lado lo que se ha dado en llamar la perspectiva de género, es decir, ese punto de vista que de manera permanente e intencional trata de incluir como aspecto clave del análisis la diferencia

⁴ Mata, María Cristina, Rosa María Alfaro, Fresia Camacho y María Elena Hermosilla. *Mujer y radio popular*. Quito: ALER, 1995. p. 29.

históricamente establecida entre hombres y mujeres en el terreno del lenguaje.”

Tenemos pues, una gran responsabilidad en el uso del lenguaje, tanto como formadoras, como comunicadoras y como madres porque las palabras de ésta última no se olvidan nunca y llegan a la memoria en los momentos críticos para sacarnos a la luz. Esa mezcla de miradas donde se incluyen no solamente los discursos racionales, sino la dimensión simbólica que opera en la cultura femenina, fue el modelo que sirvió de base para dar una intencionalidad educativa en un proyecto que se construía en el aula y que se permeó por la experiencia, de la mirada y de la función que son inseparables de la naturaleza de ser mujer.

José Lorite Mena⁵, en un estudio antropológico sobre el orden femenino afirma que “A través de la historia la primera socialización es asumida como una

responsabilidad exclusiva de la mujer. Aquí se integran varios aspectos. Por eso la mujer asume el cuidado y la supervivencia del grupo, aunque cuenta con la colaboración ocasional de los viejos de la comunidad.”

Estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas, que se han venido dando en el hogar, tal como han venido existiendo hasta el momento, debían ser cuestionadas, porque es allí donde se dan significados vitales, y no únicamente de confluencia de fuerzas laborales cuantificables que se inscriben en la dinámica más amplia de las relaciones del hombre-mujer-hijos y la transmisión de los valores que ambos padres deben transmitir. Aquí

Estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas, que se han venido dando en el hogar, tal como han venido existiendo hasta el momento, debían ser cuestionadas, porque es allí donde se dan significados vitales, y no únicamente de confluencia de fuerzas laborales cuantificables que se inscriben en la dinámica más amplia de las relaciones del hombre-mujer-hijos y la transmisión de los valores que ambos padres deben transmitir.

cambia poco a poco la labor de la madre como receptora de creencias y transmisora de valores para traspasar la barrera del hogar al campo laboral y completar esa mirada femenina frente a la responsabilidad social y a la de permitir la participación activa de hombres y mujeres en

el campo de la transmisión de creencias, ritos y valores de la religión, en este caso la cristiana.

¿Qué pasaría si nuestras abuelas hubieran tenido la oportunidad de discutir tranquila y abiertamente sus ideas respecto a la religión? Seguramente, seríamos diferentes, ¿en cuántos de nosotros influyeron profundamente? Además, se plantea aquel interrogante... ¿qué podemos hacer hoy por tantas mujeres que son precisamente quienes presionan por mantener las tradiciones, por transmitir y hacer cumplir los ritos, la fe?

Creo que, de la manera como fueron educadas nuestras madres para no hablar de las abuelas, el tema ha evolucionado favorablemente para abrirse al diálogo y a la discusión de tal forma que del papel pasivo, del cumplimiento de las normas de una forma obligatoria, ciega y temerosa, hemos podido pasar a otro de mejor comprensión y asimilación a través del compartir ideas y adecuarlas a la época, sin cambiar el sentido profundo e íntimo de los mensajes, en el ámbito de la comunicación personal, grupal o masiva.

Es en esta época, en la que estamos viviendo, muchas mujeres con la conciencia de que la diferencia de ser hombre o mujer, no es lo importante, sino de cómo se asume la palabra socialmente, de tal forma que su apropiación esté en la búsqueda de escenarios de participación para todos, sin importar el género, conquistando y construyendo espacios sociales en donde el reconocimiento de la mujer como individuo activo sea igualitario por su acción y no por una necesidad de ser mirada diferente. ⁶“La palabra de la mujer, como manifestación lingüística es importante en cuanto elabora un discurso que merece ser hablado públicamente aun cuando provenga del territorio privado, íntimo, personal o justamente por provenir de él, recuperando así las ideas de integralidad de los seres humanos. Una palabra digna de ser pronunciada porque identifica —permite asimilarse a unas y distinguirse de otras— y desde la diferencia busca construir la igualdad”.

► EL SER MAESTRA

Parece que uno de los aspectos más enriquecedores para los seres humanos lo proporciona la oportuni-

⁵ Lorite M., José. *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*. Barcelona: Anthropos, 1987.

⁶ Mata, Ob. cit., p. 35.



dad de discutir los temas que cada uno se cuestiona desde lo trascendental, y qué mejor que una base de reflexión seria, fundamentada en diversas lecturas de personas especializadas, en un ambiente de diálogo profundo pero abierto a la posibilidad de equivocarse, de confrontar realidades, de expresarse libremente, sin pensar en las diferencias por ser hombre o mujer, sacerdote, religiosa o laico, filósofo, comunicador, artista o ama de casa. Aquel fue el escenario donde se desarrollaron los cursos.

La realidad Latinoamericana, muy parecida en algunos aspectos fundamentales entre las culturas, y que pude apreciar a través de los estudiantes que participaron en los cursos, me confrontó con la posibilidad de ser comunicadora de valores, orientadora como mujer y asesora como ser humano. A través de las clases y la dirección del curso, revisamos nuestras herencias espirituales, intelectuales, físicas y afectivas. Legados de creencias, de visiones de la vida se pudieron revisar en el espacio académico y surgieron de allí muchos enfrentamientos con respecto a la vida, pero también pudimos crecer en esperanzas y cambios por la posibilidad de dar amor, lo fundamental del mensaje de Dios. Se confrontó el papel de las mujeres y los hombres frente a esa misión evangelizadora y surgió la gran verdad: *la diferencia sólo existe en las formas de organización, pero para transformar el mundo sólo hace falta una mirada de equidad, de solidaridad, de respeto por el otro.*

El padre Borrero cuando cita a Jaspers, dice: *hay categorías de maestros: unos enseñan lo que se les prescribe y asigna -¡asignaturas!-, y lo hacen con honestidad. Otros pareció que intentaron enseñarlo todo y de todo, con arrogancia impositiva. Hay los que enseñan lo que saben, mas no sólo sobrepasan las barreras de su saber sincero para hacer dádiva del propio ser⁷. Pero el maestro es en realidad un portador de las herencias culturales entre generaciones porque con sus enseñanzas expresa la continuidad de la historia humana.*

Además, agrega... *la educación es obra de la inteligencia y también del corazón, nadie será maestro que no sepa a la vez ser buen amigo. Amigo personal. El buen maestro comprende en abrazo de corazón e inteligencia al grupo humano que se aposenta bajo su alero, pero sabe conocer y distinguir, como persona, a cada uno de sus discípulos como si bien se diera la única y excluyente relación de un maestro para cada alumno. La mejor lección del buen maestro es enseñar amistad, porque ser maestro no es hablar al aire y a la multitud sino a la inteligencia y al corazón individual. Ser maestro es amar lo que se enseña y a quien se enseña⁸.*

El concepto de comunicación que se trabajó en los cursos se refiere a "una opción, un esfuerzo, un proceso y un resultado de compartir, negociar y producir significaciones simbólicas y valoraciones en un proceso de interacción social"⁹, donde lo fundamental es el diálogo, el respeto por el otro y el contexto cultural de los seres humanos que intervienen en las comunicaciones.

Entendida así la comunicación, la educación en este Curso, lejos de reforzar las diferencias, se dirigió hacia la educación en valores y su desarrollo fue un todo, en palabras del padre Kolvenbach, "tiene que pasar por la cabeza, por el corazón y las manos, para combinar estrechamente el pensar y entender, el sentir y el querer, el actuar y construir. No es sólo el aspecto intelectual, sino también incluye formación de la voluntad y de los afectos ordenados hacia un crecimiento que combina la transformación del mundo con el desarrollo personal responsable"¹⁰.



⁷ Borrero Cabal, Alfonso, S.J. *Simposio permanente sobre la universidad. Módulo 6: Educación y política. La educación en lo superior y para lo superior. El maestro.* Universidad Javeriana, Bogotá, 2000, pág. 54

⁸ *ibíd.* 4.

⁹ Sierra, Francisco. *Una filosofía de la comunicación.* Inédito. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1993, Cap. 4, p.1. Citado en: Pérez, Gabriel Jaime, S.J. y Luis Ignacio Sierra. *Comunicación y desafío. Manual de la pastoral de la comunicación.* Colección Documentos CELAM-DECOS No. 73, p. 37.

¹⁰ P. Peter Hans Kolvenbach, S.J., Padre Preósito General de la Compañía de Jesús Gran Canciller.

Por eso los cursos giraron alrededor de las clases (lo académico formal) y los descansos compartidos (la socialización, las relaciones, lo fraternal). Fue allí donde se construyeron relaciones de amistad que trascienden las fronteras de países y que además, rompieron esquemas tradicionales de segregación. Fue allí donde vislumbramos el papel de la mujer y el hombre como comunicadores del Evangelio. Fue allí donde el ser maestra cobró forma para compartir preguntas y respuestas que están en el corazón, en la cabeza y en las manos de todas las personas que compartieron la experiencia.

► MIRANDO HACIA EL FUTURO

Es probable que ser mujer, en este caso, sólo sea un accidente, pero estoy segura de que mi papel como mujer abre la oportunidad para que otras mujeres que hayan vivido la experiencia del Curso, u otras experiencias en el campo de la formación religiosa, puedan hacerlo también desde sus propias vivencias y posibilidades a su vez la opción a otras más. Es en esta tarea evangelizadora donde hombres y mujeres frente a lo trascendente, tenemos las mismas necesidades y el derecho a realizar la labor de comunicadores.

En la actualidad, atravesamos un momento histórico favorable, abierto, de diálogo en nuestras familias, núcleo primario de las sociedades a las cuales también llegamos como comunicadoras y formadoras. El cambio de época entre nuestras madres y nosotras, se refleja en mayores oportunidades para participar activamente con nuestras

creencias, las formas como nos involucramos en los ritos, como damos ejemplo, como posibilitamos el diálogo frente a los retos que nos presentan la cotidianidad, las normas sociales, familiares y personales.

Con la mirada de comunicadora social y con el pleno conocimiento de la importancia de lo cultural para cualquier grupo de personas, estoy convencida que podemos influir asertivamente en la comunicación del mensaje de Cristo. Nuestra real capacidad de reflexión, de proponer, de realizar acciones y la mirada generosa de una vida en construcción y no para la destrucción, nos permiten esa opción.

El género no es obstáculo para enriquecer y potencializar la convivencia en paz, por el contrario, es una oportunidad para que a partir de nuestros conoci-

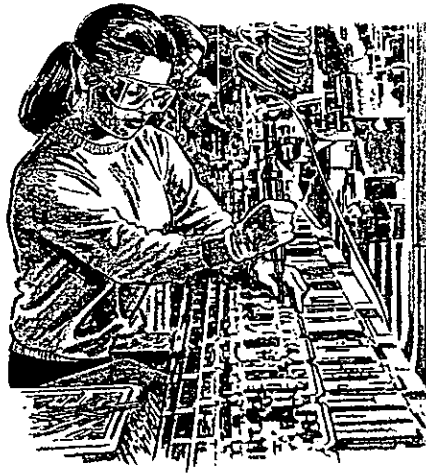
mientos y convicciones, transmitamos nuestros valores y creencias, y desde allí poder generar justicia.

La mirada, la función y la posición femeninas, deben ser asumidas como posibles en lo social, pues del ámbito del hogar, lo privado, se pasa a lo público. El modo de escapar de la tradición cristiana, -que sostenía que las mujeres, para hacerse visibles en la sociedad y por tanto en la historia, tenían que convertirse en hombres-, es asumir nuestra tarea tranquila y abiertamente, con toda la carga femenina, pero con una decisión firme porque es tan válida la palabra en el hogar como en el aula de clase, como en los medios de comunicación, como en los grupos de las comunidades. Lo importante es asumir el papel hombro a hombro, con la diferencia de estar consciente de construir nuevas posibilidades, acciones y una historia compartida y no diferenciada por ser hombre y mujer.

Ser maestra en los cursos de Comunicación para la Pastoral me permitió profundizar en el terreno de organización jerárquica, en una mirada hacia los planes de comunicación de las diversas diócesis, hacia la organización formal e informal y el manejo de las comunicaciones y relaciones con los feligreses y los agentes pastorales. De allí surgieron a la vez muchas respuestas que probablemente están enriqueciendo las formas de organización social en parroquias del continente. Somos igualmente capaces hombres y mujeres, podemos crear y reflexionar juntos. Esa mirada femenina puede además enriquecer e influir positiva y abiertamente en

y para los medios; en la elaboración y transmisión de mensajes, en la publicidad, en el desarrollo de proyectos de gestión, en la formación, es decir, en todos los ámbitos de la vida que pueden ser tocados por la comunicación.

Después de trabajar las teorías de comunicación en un ambiente académico y confrontarlo con la realidad de los estudiantes de América Latina, pudimos (ellos y yo) descubrir pautas, orientaciones que influirán en diversos públicos a través de los medios de comunicación masiva, pero fundamentalmente a través del trabajo con las Diócesis, con los grupos eclesiales, con las familias y otras personas, quizá también en próximos cursos de formación (formal e informal) que dinamizarán esta experiencia. El trabajo desde y hacia los medios tiene cierta responsabilidad que involucra la importancia



tanto en la realización de los mensajes, como en la "lectura" de los mismos.

El conocimiento de las formas de organización eclesial abre las posibilidades para participar activamente en la transmisión de los mensajes, a través de múltiples canales: personales, grupales, masivos. Para ello, es indispensable que existan mayores oportunidades de formación en comunicación. Considero que el esfuerzo de estos cursos representa un gran avance, pero es necesario que muchos y muchas sigan presionando a la institución eclesial para continuar el proceso.

Los resultados de los proyectos y de los talleres de medios impresos, radio y televisión, reflejaron en gran medida la posibilidad para desarrollar la tarea comunicativa - evangelizadora, con una visión amplia, moderna y generosa frente al papel de hombres y mujeres. Se construyó una nueva forma de transmitir los símbolos y compartir el Mensaje de AMOR, desde una mirada femenina en el sentido de ofrenda, de dar lo íntimo de cada uno, para unir esfuerzos y disminuir la brecha entre posiciones machistas.

Otorgar la importancia que se merece el compromiso con respecto a la ética; la responsabilidad social que tenemos como comunicadores y como seres humanos para con nuestros congéneres y las demás especies, en el sentido de promover un mensaje de igualdad, de tolerancia y respeto por la diferencia, sobre todo en sociedades que no lo ven así.

La experiencia de ser maestra y directora de estos cursos me confirmó que la sociedad actual permite la participación de la mujer en forma más activamente que la que tenía hace algunos años, espacios ganados con empeño, con seguridad, con la firme decisión de demostrar que tenemos algo que decir, que podemos hacerlo igual que otros y que somos transmisoras de mensajes, ejemplo de acción e interlocutoras, más allá del hogar, en la formación profesional, con el objeto de motivar cambios sociales, vivíros y hacerlos.

Deseo terminar este artículo citando un concepto de comunicación que se trabajó en los cursos y que es el parámetro para asumir los tiempos modernos, la época que vivo, frente a mi papel como comunicadora, como maestra y como agente pastoral:

La comunicación sólo puede darse en el mundo de la "cultura", que es el mundo de lo racional simbólico, el mundo de la conciencia reflexiva, la libertad de decisión, la acción social histórica y transformadora; el mundo de la relación intersubjetiva de las personas; el mundo de la constante interrogación sobre los "por qué" y "para qué"; el mundo de la apertura a lo trascendente (más allá de la experiencia sensible inmediata); el mundo de las ciencias, de las tecnologías y de las artes, de la sabiduría popular y de las filosofías elaboradas, de las ideologías, de los valores éticos, las costumbres y las leyes sociales; el mundo de los modos humanos de vivir y convivir, de entender y de obrar, de expresarse a través de lenguajes y de organizar las relaciones interpersonales y sociales; el mundo de la economía, el trabajo y la recreación, la política y la religión. En todos estos aspectos o espacios de la cultura se dan fenómenos de producción de sentido, producción que implica a su vez tanto el descubrir como el construir el valor que un conjunto social (o individuo dentro de éste) da a su vida cotidiana y a la realidad que la compone y la rodea¹¹. ◀

► BIBLIOGRAFÍA

Adorno, T. W. Else Frenkel-Brunswick, Daniel Levinson, R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper & Row, 1950.

Agudelo, M. "El compromiso de la Iglesia en la emancipación de la mujer", en *Concilium: Revista Internacional de Teología* Vol. 16 No. 154 (1980), p. 138-148.

Alcalá, M. "La emancipación femenina: sus desafíos a la teología y a la reforma eclesial", en: *Concilium: Revista Internacional de Teología* Vol. 16 No. 154 (1980), p. 104-112.

Bonilla B. Nelssy. "Sexualidad y género: una revisión teórica", en *Universitas Xaveriana*, No. 20 (enero/marzo 2000).

Borrero Cabal, Alfonso, S.J. *Simposio permanente sobre la universidad. Módulo 6: Educación y política. La educación en lo superior y para lo superior. El maestro*. Universidad Javeriana, Bogotá, 2000.

Haughton R. "¿Un Dios con caracteres masculinos?", en *Concilium: Revista Internacional de Teología* Vol. 16 No. 154 (1980), p. 73-84.

Laurentín, R. "Jesús y las mujeres: una revolución ignorada", en *Concilium: Revista Internacional de Teología* Vol. 16 No. 154 (1980), p. 93-103.

Lorite M., José. *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*. Barcelona: Anthropos, 1987.

¹¹ Pérez, Gabriel Jaime, S.J. y Luis Ignacio Sierra. *Comunicación y desafío. Manual de la pastoral de la comunicación*. Colección Documentos CELAM - DECOS No. 73, p. 48.

Mata, María Cristina, Rosa María Alfaro, Fresia Camacho y María Elena Hermosilla. *Mujer y radio popular*. Quito: ALER, 1995.

Maturana, Humberto. "Prefacio", en Eisler, Riane. *El cáliz y la espada: Nuestra historia, nuestro futuro*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos, 1996.

Neal, M. A. "Patología de una Iglesia de hombres", en *Conclium: Revista Internacional de Teología*. Vol. 16, No. 154, 1980, p. 66-72.

Pérez, Gabriel Jaime, S.J. y Luis Ignacio Sierra. *Comu-*

nicación y desafío. Manual de la pastoral de la comunicación. Colección Documentos CELAM-DECOS No. 73.

Ugalde, Luis, S.J. "Espiritualidad y educación ignaciana", en *Universitas Xaveriana*, No. 20, enero-marzo, 2000.

<http://www.realnames.com/Resolver.dll?provider=1&realName=mujer+religion+>

<http://www.cajpe.org.pe/RIJ/bases/derint/19b.HTM>

<http://web.usc.es/~cp39jipc/imaglnar.htm>